

cio la ley moral? ¿No es la misma en todos los tiempos y en todos los pueblos?

—Nada hay en nosotros que no esté sujeto a mudanza. Nuestra ley moral no pudo ser la de los pueblos antropófagos, ni la de los que rociaron con sangre las aras de sus dioses, ni la de los que admitieron la esclavitud por base de vida y de riqueza, ni la de los que concedieron al padre sobre el hijo el derecho de vida y muerte. Tu conciencia ¿cómo ha de ser nunca igual a la del bárbaro asesino que mata por matar y se complace en el espanto y el estertor de sus víctimas; ni a la del infame que goza destruyen-

do la paz de las familias y siembra por donde quiera que pasa la discordia, ni a la del padre o la madre que prostituyen el cuerpo de sus hijas?

En el hombre y en la humanidad la conciencia se va formando y desenvolviendo como las demás facultades del espíritu. Cambia, o por lo menos se modifica, la ley moral, con las diversas fases de ese desarrollo.

—¿Quién es entonces responsable de sus actos?

—Calla, calla. No suscites hoy por hoy tan obscuro problema. El mundo moral se abisma ante mis ojos.

F. PI Y MARGALL

## Literaturas bélicas

Los espíritus superiores han dado en la flor de ponderar las excelencias de la guerra. El valor, la audacia, la temeridad son las virtudes primordiales. La guerra hace los hombres fuertes y heroicos. Las razas se mejoran, progresan, se civilizan por las artes de guerrear sin tregua. De la lucha entre hermanos, a cañonazo limpio, sale la humanidad purificada y ennoblecida.

Eso es el anverso. El reverso va enderezado contra el pacifismo. En la dulcedumbre de la vida tranquila, ordenada, amorosa, se agostan las masculinas energías, las razas degeneran y se extinguen. La paz es un narcótico. El mundo se convierte en montón de castrados, cobardes y enclenques. De la paz entre los humanos, en la vida muelle y regalada de las necesidades satisfechas, sólo puede surgir la humanidad extenuada.

El dilema final es: o tigres o borregos.

La literatura actual está impregnada de estos barbarismos guerreros. Como si obedecieran a una consigna, los escritores de los más diversos matices entonan himnos entusiásticos al bélico ardor de los combatientes.

Es un flujo y reflujo de la espada a la pluma y de la pluma a la espada.

Despierto y en acción el apetito conquistador de las naciones, fluye naturalmente de la literatura el canto épico a las batallas. De los campos sembrados de cadáveres vuelven los cuervos con los picos ensangrentados y con sangre escriben. También cuando vuelven de las charcas escriben con cieno. El literato es lacayo de todos los éxitos.

Y allá, en la lejanía, donde la muchedumbre en manada rinde la vida sin saber a qué ni por qué, repercute el rasguear de las plumas belicosas que empuecan de sangre y cieno el papel en que escriben. La sugestión convierte los borregos en lobos.

Si la serena, irrefutable filosofía de un Spencer muestra que la humanidad evoluciona rápidamente del estado guerrero al estado industrial; si la voz poderosa de cien genios llama por el término definitivo de las matanzas inútiles; si el griterío multitudinario atruena el espacio en demanda de paz y de sosiego ¡qué importa eso a los serviles y lacayunos emborronadores de cuartillas!

Hay una fuerza todopoderosa a quien servir, y la retórica se arrastra humilde a sus pies. Si esa fuerza se llama Estado, la retórica se engalla en-